

## LA ROSA MÁS BELLA DEL MUNDO

**Hans Christian Andersen**

Érase una vez una poderosa reina que cultivaba en su jardín las flores más bellas de todas las estaciones del año y en todos los países de la tierra. Sin embargo, era a las rosas a las que amaba por encima de todas. Poseía de las más diversas especies, desde el rosal silvestre de pétalos verdes, que huelen a manzana, hasta la más espléndida rosa de Provenza. Crecían junto a los muros del castillo, rodeaban las columnas y chambranas de las ventanas, entraban por los corredores y subían hasta el techo de todos los salones. Todas ellas poseían olor forma y color diferente.

Pero el dolor y la tristeza habitaban en el castillo. La reina se hallaba en su lecho enferma, y los médicos aseguraban que iba a morir.

- Sin embargo, existe una oportunidad de salvación para la reina – dijo el más sabio de ellos - . Traedle la rosa más bella del mundo, la que es expresión del amor más noble y más puro. Si aparece ante sus ojos antes de que se apaguen, no morirá.

Jóvenes y ancianos llegaron de todas partes con rosas, las más bellas de todos los jardines, pero ninguna era la que buscaban. Era en el jardín del amor en donde había que arrancar la flor. Pero ¿qué rosa era la expresión del amor más puro y más noble?

Los poetas cantaron la rosa más bella del mundo, dándole cada uno un nombre. Se enviaron mensajes por todas las partes a los corazones que palpitaban de amor; a gentes de toda condición y de cualquier edad.

- Nadie ha nombrado aún la flor – dijo el sabio -. Nadie ha señalado el lugar donde crece con todo su esplendor. No son las rosas del féretro de Romeo y Julieta, ni la tumba de Valborg, a pesar de que ellas poseen un perfume de leyenda y de canción; no son las rosas nacidas de la lanza sangrienta de Winkelried, de la sangre que brota santamente del héroe muerto por la patria aunque no existe muerte más dulce que ésta, ni sangre más roja que la sangre vertida entonces. Ni tampoco la flor maravillosa que el hombre ha cultivado durante años, en sus largas noches de insomnio, por la cual, solitario, da su vida ardiente: ¡la rosa mágica de la ciencia!

- ¡Yo sé dónde florece! – dijo una madre feliz que llegó con su niño a la cabecera de la reina-. Sé dónde se encuentra la rosa más bella del mundo. ¡La rosa que es la expresión del más noble y del más puro amor, florece en las rojizas mejillas de mi hijito cuando, fortalecido por el sueño, abre los ojos y me sonrío con todo su amor!

- Esa rosa es bella, pero no la más bella – dijo el sabio.

- Sí; mucho más bella – dijo una de las mujeres- yo la he visto. Ninguna rosa florece más santa ni más sublime, pero era pálida como los pétalos de la rosa de té. Yo la he visto en las mejillas de la reina. Se había despojado de su corona real y marchaba, en medio de la larga noche, dolorida, con su niño enfermo; lloraba sobre él, le besaba y dirigía a Dios la plegaria de una madre en su hora de mayor angustia.

- Santa y maravillosa por su poder es la rosa blanca del dolor, pero no es ésta.

- No; la rosa más bella del mundo la he visto yo delante del altar del Señor – dijo el anciano y piadoso arzobispo-. La he visto, brillante como un rostro de un ángel. Las muchachitas se acercaban a recibir la comunión, a renovar sus votos bautismales, y sus frescas mejillas de rosa enrojecían y palidecían. Una jovencita que estaba ahí elevaba los ojos hacia su Dios con una perfecta pureza de alma con amor. ! Era la expresión del amor más puro y más sublime ;

-Bendito sea ese amor – dijo el sabio-, pero ninguno de vosotros habéis nombrado la rosa más bella del mundo.

-Entonces entró a la cámara un niño, el hijito de la reina. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, que corrían por sus mejillas. Llevaba un gran libro abierto, encuadernado en terciopelo y con grandes broches de plata.

- Madre - dijo el pequeño-. Escucha !oh¡, lo que yo he leído.

Y el niño sentado cerca del lecho, leyó en el libro la historia del que se condenó a sí mismo a morir en la cruz para salvar a todos los hombres de las generaciones futuras.

- No existe mayor amor.

Y un débil resplandor rosado apareció en las mejillas de la reina; sus ojos se agrandaron y brillaron, pues de las hojas del libro había visto elevarse la rosa más bella del mundo, imagen de aquella que surgió de la sangre de Cristo en el madero de la cruz.

- ¡Ya la veo! – exclamó -. ¡Quien contemple esa rosa no morirá jamás, porque es la más bella de la tierra!